

LA SOCIOLOGIA MILITAR EN ESPAÑA

EL PENSAMIENTO MILITAR EN EL SIGLO XIX

El absolutismo, especialmente durante el siglo XVIII, significó un estancamiento en todas las facetas del pensamiento, pues la falta de libertad impidió a los pensadores manifestar sus ideas e incrementar la cultura nacional. Con el siglo XIX resurgió el pensamiento español en todas las ramas y concretamente en la militar con especial vigor. Este fenómeno ha sido señalado por casi todos los historiadores de la literatura militar española. El capitán Barado — por ejemplo — afirma: «A principios del siglo XIX apenas si teníamos literatura militar, pues no merecen figurar en esta especialidad las obras de tal que otro escritor adocenado o alguna pésima traducción del francés o del italiano» (1). También abunda en esta opinión el teniente coronel Fernando de Salas al escribir: «La crisis literaria que había comenzado en el siglo XVII continúa durante el XVIII para terminar con un lento resurgir a principios del XIX..., en este siglo la producción es abundante, y de extendernos en la proporción que corresponde, sería imposible trazar un cuadro completo de sus manifestaciones literarias» (2). Las causas de este resurgir cultural, posiblemente son las siguientes: *El fin del absolutismo* con el consiguiente aumento en la libertad de expresión, *La Ilustración* y la influencia extranjera. Un *momento histórico bélico*, especialmente apto para el desarrollo de personalidades militares. La *llegada forzosa al Ejército*, debido a las continuas guerras, de algunos intelectuales, que luego hicieron de la milicia su profesión: la Guerra de la Independencia llevó al Ejército a Aparici, Ramón de Salas...; la primera guerra carlista a Concha, Pezuela, Ros de Olano, Estébanez, Córdoba, Escosura..., y el reclutamiento extraordinario de Castelar, a Barado. Las "purificaciones" (hoy diríamos «depuraciones») realizadas en 1814 y 1823 por los absolutistas, que separaron del Ejército a muchos militares liberales, como San Miguel, Aparici, Vallecillo..., los cuales para mantenerse se dedi-

(1) FRANCISCO BARADO Y FONT: *Literatura militar española en el siglo XIX*, Madrid, 1883, pág. XV.

(2) FERNANDO DE SALAS LÓPEZ: *Literatura militar*, Madrid, 1955, pág. 189.

caron a escribir o traducir obras militares. La creación de «*Revistas Militares*» como órganos de propagación del pensamiento militar, entre las que destacaron, por su importancia, la *Revista Militar* (1838-1846), la *Revista del Ateneo Militar* (1872-1874), la *Revista Científico-Militar* (1876-1890). La triple aparición del «*patriotismo nacional*» frente al real, del «*Ejército Nacional*» frente al mercenario de la «*guerra ideológica*» frente a la patrimonial, que obligaron a estudiar la problemática del patriotismo, del Ejército y de la guerra, etc. En este ambiente, propicio al desarrollo del pensamiento militar, no es de extrañar que surgiesen nuestros primeros especialistas en Sociología militar. Ciertamente, no se trataba de sociólogos, en el moderno sentido de la palabra, sino de pensadores, que trataron de la problemática general de la sociedad y de la guerra y, en consecuencia, estudiaron y escribieron sobre temas que hoy interesan a la Sociología. De estos pensadores cuatro ofrecen particular interés: Banús, Barado, Almirante y Villamartín. A este último, por su excepcional importancia, dedicaremos a continuación varios epígrafes:

VILLAMARTÍN (1833-1872)

Hijo de un capitán de Infantería, nació en Cartagena en 1833, e ingresó en el Colegio General Militar en 1848, saliendo de él, con el empleo de subteniente en 1850. La vida militar le hizo estar destinado en Vitoria, Madrid, Barcelona, Cuba, y de nuevo Madrid a partir de 1861. Allí escribió su obra cumbre, *Las Nociones de Arte Militar*, que ha sido calificado como «el primer libro español, y quizá europeo, sobre Sociología militar» (3). Esta obra, verdadera enciclopedia militar, tiene cinco partes, que él tituló: Política militar; Historia de la guerra; Elementos de estrategia y táctica; Teoría de las fuerzas, y Operaciones. El interés de la obra, desde el punto de vista de la Sociología, reside en la primera parte, en la que expone las teorías que desarrollaremos en los epígrafes siguientes.

Villamartín, desgraciadamente, no fue reconocido por sus contemporáneos. Ciertamente, se le concedió una cruz sencilla de la Orden de Carlos III, y, posteriormente, por influencia del Emperador Napoleón III, a quien había agradado su escrito titulado *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, fue ascendido a comandante. Sin embargo, su obra no fue rentable económicamente, y arrastró, hasta su muerte, las deudas de su impresión.

Al estallar la revolución contra Isabel II, en 1868, Villamartín era ayudante del marqués de Novaliches, que fue nombrado jefe del Ejército que debía enfrentarse con los revolucionarios. Villamartín le acompañó y a su

(3) Varios autores: *Cien años en la vida del Ejército español*. Editora Nacional. Madrid, 1956, pág. 64.

lado se batió en el puente de Alcolea distinguiéndose de tal forma que fue ascendido a teniente coronel en el campo de batalla. Es preciso puntualizar que esta actitud suya no dejaba de ser un tanto paradójica, pues según su biógrafo Luis Vidart: «Las ideas políticas de Villamartín eran en extremo avanzadas. Republicano por convicción y algún tanto socialista, sus ideas y sus sentimientos le llevaban a figurar entre los militares revolucionarios» (4). En efecto, una época en que el federalismo se alineaba en el partido republicano de Pi y Margall. Villamartín no se recató en manifestar su simpatía por el federalismo; comentó, con mal contenido entusiasmo, los sucesos de la Revolución francesa y formuló algunos postulados implícitos en la democracia. Quizá por todos estos motivos se ha comentado recientemente (5) que fue admirador de Engels. Es posible, pero conviene puntualizar que Villamartín fue católico y que las alusiones, expresas o implícitas, a lo sobrenatural son múltiples en su obra.

Cuando sonó su hora trascendental, cuando en el puente de Alcolea se decidió por primera vez en España si debía seguir la Monarquía o ceder el paso a la revolución, Villamartín luchó al lado de los monárquicos, y lo hizo con tal honradez y denuedo que fue ascendido a teniente coronel en el campo de batalla, con lo que, paradójicamente, quedaron sus intereses vinculados a los de sus enemigos ideológicos. ¿A qué se pudo deber? Luis Vidart contesta, en su biografía, lo siguiente: «Villamartín creyó que si bien tenía libertad para discurrir acerca de la organización que debía tener el Estado y las Instituciones sociales, su deber militar consistía en obedecer al Gobierno constituido, cualquiera que fuese su significación y tendencia política. Por esta causa, el pensamiento de Villamartín estaba del *lado de allá* (revolucionario) y su persona del *lado de acá* (monárquico) del puente de Alcolea, en la batalla que decidió el triunfo de la revolución» (6).

El republicanismo de Villamartín era tan hondo, que en una carta escrita a su prima Isabel le manifiesta que se alegra del triunfo liberal, aunque supone que el Gobierno revolucionario no le reconocerá el ascenso a teniente coronel, y así fue, además, cómo el marqués de Novaliches se retiró por negarse a jurar la nueva Constitución antimonárquica; Villamartín que, como se ha dicho, era su ayudante, quedó en la situación de disponible en Madrid, hasta su muerte, acaecida cuatro años después, en 1872, cuando sólo contaba con treinta y nueve años.

A continuación se van a considerar varias de las ideas del pensamiento político-militar de Villamartín.

(4) FRANCISCO VILLAMARTÍN: *Obras selectas*, Madrid, 1883, pág. XXXVI.

(5) «Reconquista», núm. 180. *Revista del Apostolado Castrense*, Madrid.

(6) Op. cit., pág. XXXVII.

La guerra, Ley cósmica y hecho biológico

Algunos sociólogos, del siglo pasado, enunciaron una Ley cósmica vánda para explicar toda la actividad del Universo. Gabriel Tarde (1843-1904) —por ejemplo— formuló la «Ley de la limitación», que según este autor, se llama ondulación en Física, herencia en Biología, repetición en Psicología, etcétera, pero siempre responde al mismo principio. De forma semejante Villamartín anunció su Ley cósmica: «La guerra es la única fuente de actividad» con las siguientes palabras:

«La guerra es un fenómeno natural a la vez que social; aparece con el hombre, germina en la familia, crece en la tribu, y llega a su apogeo en la nación, continuando así la marcha misma de la sociedad sometida a la indeclinable ley del progreso. Está en la naturaleza, porque está en el modo de ser del hombre; y está en la sociedad, porque está en el modo de ser de los pueblos: es un hecho absoluto, el efecto de una causa superior al hombre; es la *consecuencia de un principio del Cosmos*. Por lo que afecta a la materia, es una ley de la Creación, uno de los modos que tiene esa misma materia para cambiar de forma... Por lo que afecta a la sociedad, es una ley moral; suprimirla, y el equilibrio en las fuerzas sociales desaparece, porque habréis suprimido el flujo y reflujo del océano político, la compensación de principios opuestos, las transacciones entre los intereses humanos, y esto es lo que constituye la sociedad. Si no existiera lucha entre los elementos de la naturaleza, uno sólo dominaría y absorbería en sí todas las moléculas del Universo; los otros quedarían anulados y la Naturaleza dejaría de ser. Esto mismo sucede con las fuerzas sociales: buscan su equilibrio por sacudidas.»

«El hombre necesita para satisfacer sus deseos de la lucha como medio de vida. Corta los árboles, despedaza la roca, mata los animales; así se proporciona albergue, vestidos, alimentos» (7).

De los anteriores párrafos se deduce que Villamartín incurrió en el error, frecuente en su siglo, de igualar las leyes del mundo material y del mundo social, las cuales no sólo son distintas entre sí, sino que además varían para cada grupo sociológico. No se pueden generalizar —por ejemplo— las normas de la sociología familiar para la sociología política o religiosa. Consecuencia de un error es su planteamiento biológico de la sociología política: «Los Estados —dice— se hallan relativamente sujetos a la misma ley que el

(7) Op. cit., pág. 640.

individuo y necesitan luchar para vivir». La teoría de que la guerra es un hecho natural biológico y que sólo sobreviven en esta lucha los Estados fuertes. tuvo gran aceptación en su época, y fue inicialmente enunciada por el judío-polaco Gumplowitz (1839-1909) fundador del darwinismo social. Hoy esta teoría está totalmente superada y casi todas las escuelas sociológicas coinciden en afirmar que la guerra no es un hecho de la biología social sino de la patología social, y que en el futuro puede llegar a ser eliminada, como en su tiempo lo fueron la esclavitud o el colonialismo, fenómenos sociales que también parecían insuperables y que hoy son casi simples recuerdos históricos.

Consecuencia de sus teorías sociológicas es su falta de fe en la paz y su convicción firme de que la guerra es necesaria para solucionar los problemas de la Humanidad.

«Los que creen en la paz perpetua no han querido contemplar la armonía que existe entre todos los principios constitutivos del Universo por la compensación y la lucha de ellos. La paz perpetua sería un viceversa absurdo, una antinomia viva en la ley creadora; sería el sol fijo eternamente en el cenit, el mismo grado de calor y de luz; la paz perpetua sería Octavio eterno, la sociedad en el estado de fósil.»

«En la solución de los difíciles problemas de la gran masa social se hallan en pugna altos poderes, que hay que debilitar y vencer, arrebatándoles por una destrucción organizada sus medios destructores: he aquí la guerra» (8).

Villamartín parece, pues, olvidar que la raza humana se va perfeccionando con el tiempo y que, forzosamente, habría de llegar un momento en que surgiesen organismos intelectuales capaces de solucionar con el arbitraje o el diálogo lo que en su siglo sólo podría solucionar la fuerza. Villamartín estaba en un error: la guerra no es biológica, sino patológica, y su error, enraizado en una gran falta de fe en la bondad del género humano, le llevó a admirar la eficacia y menospreciar los principios éticos cristianos:

«Los que creen que en el mundo la sencilla exposición de la verdad basta para que la verdad se crea; los que creen que la luz física basta encenderla para que ilumine; los que no comprenden que sin la fuerza material el triunfo de la inteligencia es imposible, hacen de las naciones lo que son aquellos hombres profundamente sabios que mueren sin llevar al terreno de los hechos las profundas concep-

(8) Op. cit., pág. 641.

ciones de la ciencia. Los pueblos, como los individuos, necesitan del vigor físico para el vigor intelectual; en el mundo de las ideas, para que la luz ilumine es preciso que incendie...»

«¿Por qué para llegar al bien ha de ser preciso pasar por tantos dolores...? Porque es una ley de la Humanidad obtener el sustento por el trabajo, el goce por el sufrimiento, la ciencia por el estudio, la salud por el dolor, la riqueza por las privaciones... Pues, ¿cómo las reformas sociales que sucesivamente aproximen el mundo a la perfección han de plantearse sin la lucha, sin el choque de fuerzas, sin lágrimas para el hombre? He aquí por qué sin amar la guerra la creemos necesaria» (9).

En estos párrafos, Villamartín incurre en dos errores. En el primero confunde —una vez más— las leyes sociales con las individuales. En el segundo olvida que las reformas sociales han de lograrse con lágrimas de los hombres que sepan sacrificarse a sí mismos en la prédica de sus ideales, no con lágrimas de unos hombres que sean esclavizados por otros. Sostener la tesis de la eficacia pese a un consiguiente dolor, es sostener una tesis demasiado próxima a la de la dictadura progresista. Por demás el pensamiento de Villamartín es lógico. El no cree en la bondad del género humano y, en consecuencia es autoritario y belicista. Su error se ha repetido demasiadas veces a lo largo de su Historia. Y en él han incurrido muchos grupos de militares más o menos progresistas, desde los «bonapartistas» del siglo XIX a los «naseristas» del XX.

Historia y progreso

Como es sabido, en el siglo XVIII Turgot (1727-1787) y Condorcet (1743-1793) formularon la teoría de que el meollo de la Historia es el progreso y según el grado de éste dividían la Historia en tres etapas. Parecida es la teoría de Comte (1798-1857), que también formula la ley del Progreso y la ley de las Tres Etapas. En realidad, esta teoría histórico-progresista se impuso en la primera mitad del siglo XIX y todos los pensadores avanzados participaron de ella en mayor o menor grado. El progresismo histórico es evidente en Marx (1818-1883), Spencer (1820-1903), etc. ¿Estuvo influido por alguno de ellos Villamartín? La respuesta parece debe ser afirmativa. Villamartín, en efecto, formuló también la ley de las Tres Etapas y la teoría del

(9) Op. cit., pág. 21.

Progreso, si bien amoldándolas a su criterio particular, como puede verse en los párrafos que a continuación se citan:

«Comenzada la marcha del progreso, tres jornadas señala la Providencia al hombre. En la primera se postra ante la Naturaleza y la admira, en la segunda la estudia, en la tercera la utiliza; pertenecerá a la primera los primeros siglos en que predomina el sentimiento sobre la razón, en la segunda vence la razón al sentimiento. La primera época es el progreso del hombre como individuo, y la segunda, el progreso de la sociedad; en pos de ellas tiene que venir el progreso simultáneo y armónico de la sociedad y el individuo. En la primera domina el arte, en la segunda la ciencia descarnada y fría, en la tercera la aplicación práctica de la ciencia por medio del arte; la razón y el sentimiento acaban por entenderse: Es la época práctica. Así como la primera es instintiva y la segunda especulativa, la tercera es enciclopédica» (10).

Como se puede ver, hay varias diferencias entre las etapas que señala Villamartín y las que indicaron los autores antes citados, pero además hay otra diferencia fundamental: Villamartín ha cristianizado la teoría evolucionista y escribe *Tres jornadas señala la Providencia al hombre*.

Otra innovación original, importante y originada por su profesión militar, es el sustituir la lucha de clases, la diferenciación de trabajos, etc., de Marx o Spencer, por la guerra, para considerar que es ésta el motor del progreso.

«Si prescindiendo de detalles de lugar y época —dice— abarcamos de un solo cuadro la historia del mundo y estudiamos los efectos definitivos de cada lucha, hallaremos las consecuencias, para muchos siglos, de uno o dos años de sangre y devastación... en la última batalla el bárbaro es vencido por el civilizado; las tinieblas por la luz.» «En la guerra, en medio de los odios del combate se verifica un cambio recíproco de ideas y costumbres..., el primer efecto es generalizarse el conocimiento de los idiomas, la reciprocidad de las literaturas, el cambio de libros... Así las naciones, aún en medio de sus peleas, se asocian..., llegan a amarse porque sacian su ira, aprenden las unas de las otras...; sufren y el sufrimiento purifica y eleva el espíritu de los pueblos, como el espíritu del hombre.»

«Por otra parte, la guerra ha necesitado siempre de los conocimientos humanos; quiere rapidez en las comunicaciones; quiere má-

(10) Op. cit., pág. 126.

quinas, inventos sorprendentes..., toda la inteligencia y el poder del hombre le parece pequeño, insuficiente: por eso los impulsa, por eso la mayor parte de los grandes descubrimientos han sido indicados por la guerra y los que no lo son, bien pronto los coge, los revuelve, los examina hasta conseguir una aplicación útil» (11).

Indiscutiblemente su teoría es cierta, aunque quizá, como ha comentado el historiador Toynbee, actualmente no tenga vigencia, porque la bomba atómica ha creado entre las guerras convencionales y las atómicas una diferencia, no de *género*, sino de *especie*, de tal forma que en las atómicas, los perjuicios, por su gran magnitud, por su inmensidad, son tales que no compensa a la Humanidad, el indiscutible progreso que estas nuevas guerras proporcionarían. En el momento en que una nueva guerra puede significar el genocidio masivo de grandes sectores de la Humanidad, o quizá, incluso, la desaparición de la raza humana, es preciso convenir que la guerra implicaría una horrible regresión histórica.

ALMIRANTE (1823-1894)

Nació José Almirante Torroella en 1823 e ingresó en el Colegio General Militar a los doce años; fue oficial de Infantería a los quince; pasó, en 1839, a la Academia de Ingenieros y salió teniente cuando tenía diecinueve años. Al morir era general de División.

Sus obras más importantes son: el *Diccionario militar* (1869), la *Bibliografía militar* (1876) y el *Bosquejo de la historia militar de España*. Constituyen una trilogía, resultado de varios lustros «de un profundo y perseverante estudio de todos los ramos de la literatura militar española, sin otro objeto que la instrucción propia». Así lo dice el autor en el preámbulo puesto al *Diccionario militar*. Las tres obras han sido publicadas por cuenta del Estado y tienen una gran extensión: son típicos libros de consulta donde se recogen infinidad de datos.

Cuando en 1894 la muerte sorprendió a Almirante, éste había acabado su tercera gran obra —su *Historia militar*— si bien le faltaba pulirla y darle una forma más literaria. Esta fue la labor que, bastantes años después (en 1923), hizo una Comisión nombrada por Alcalá Zamora, a la sazón ministro de la Guerra; sin embargo, esta Comisión creyó oportuno reproducir textualmente el prólogo que Almirante tenía preparado. Este prólogo, como ya se ha dicho, no es tal, sino un simple «guión» sobre el que el escritor pensaba hilvanar

(11) Op. cit., pág. 22.

el prólogo; sin embargo, por ser un guión, espontáneo y resumido, es especialmente valioso para dar a conocer la ideología de Almirante; por eso a continuación se reproduce textualmente toda la parte del prólogo que tiene un sentido sociológico:

La Historia es *progresista*. El espectáculo que ofrece de continuas conformaciones imprime al espíritu la costumbre de no considerar el estado actual sino como transitorio también y preparador de una fórmula subsiguiente.

Es manía en los historiadores de buscar siempre la individualidad, dejando aparte la colectividad. Se habla de un Ejército: siempre se sintetiza en el general; de un pueblo, en el Rey. La pluralidad, llámese tropa o muchedumbre, tiene en conjunto una verdadera individualidad, que piensa y obra imponiendo al caudillo más veces su voluntad que éste a aquélla.

La crítica en el sentido de explicación de los hechos fue (y es para algunos) teología, la intervención de Dios, lo sobrenatural.

Luego heroica: vincular en el Rey, en el general; hacerle semidiós, Napoleón sin Revolución anterior, etc.

El Ejército no es cuerpo inorgánico, sino muy *orgánico*. Tiene órganos u *organismo*. Tiene articulaciones, miembros. No es la suma, es la agrupación armónica. Hay cerebro que piensa, corazón que late, miembros para locomoción y percusión, nervios que transmiten el pensamiento y la voluntad, circulación, etc.

Hasta ahora la Historia prefería las batallas, las Cortes, los palacios, los gobiernos, haciendo completa abstracción del *pueblo*, del *substratum moral de la vida nacional*.

Ser *imparcial*: Por esto sólo, el autor se enajena la simpatía de todos los hombres de partido, singularmente de los extremos.

El ultramontano querrá sacarnos el demonio del cuerpo; el demagogo nos despreciará por reaccionario.

Y, cabalmente, el fiel de la balanza siempre está entre los dos platillos.

Ese empeño de genealogía es propio de familias y de naciones caídas.

A la antigua fe religiosa, al amor al Rey, sustituyamos *la fe en la libertad, el orgullo del ciudadano*, etc.

Sobre todo la tendencia a lo sobrenatural, a idealizar, divinizar, santificar a los héroes o personajes. A confundir lo divino con lo humano.

El choque de hoy no es entre lo paisano y lo militar, sino entre lo sacerdotal y lo laico, entre la Iglesia y el Estado, entre la Religión y la Ciencia (12).

De la lectura de los anteriores párrafos se sacan varias consecuencias:

En primer lugar, Almirante sigue las teorías de la escuela sociológica organicista de Spencer, Liliensfeld, Schäffle, etc. Nada tiene de particular que Almirante acepte esta teoría, que era una de las más compartidas en su época. En consecuencia, de su organicismo, él se fija más en las colectividades —pueblo, Ejército— que en las cabezas de éstos —Rey, general...—.

En segundo lugar, comparte el progresismo histórico, que antes se ha señalado en Comte, Spencer, Marx, etc., y que también compartía su contemporáneo Villamartín. La razón de este progresismo histórico es la misma que la de su organicismo sociológico. Almirante era un hombre moderno, un hombre de su época, que vivía en contacto con las corrientes intelectuales de su generación y participaba en ellas.

Consecuencia de ello es —y aquí se saca la tercera conclusión— la actitud religiosa de Almirante. Indiscutiblemente algunas de sus frases eran erróneas. Es muy discutible, por ejemplo, el choque entre la religión y la ciencia; sin embargo Almirante no era un hombre descreído, sino quizá sólo anticlerical. En un párrafo de su *Diccionario militar* se lee: «Para tener fe religiosa no se necesita que todos vistan sotana.» Para comprender su actitud es preciso tener en cuenta que en aquella época, afortunadamente ya superada, el clero era en general ignorante, poco espiritual, rico y reaccionario, por lo que los intelectuales solían ser anticlericales. Además, entre el Ejército y el clero, ha existido una secular lucha por la supremacía, que de hecho no desapareció hasta 1936.

Por último, su imparcialidad como historiador no le impide ser un hombre de ideas avanzadas. Por si esto no queda claro en las anteriores líneas, a continuación se copia un comentario que de él hizo su contemporáneo Barado en su *Literatura militar*.

«Adivínanse en los trabajos debidos a su pluma marcadas tendencias democráticas y aún cierto escepticismo que le hace sacrificar sin reparo, algunos de esos "idolillos" que ha levantado el egoísmo personal al amparo de la rutina.»

(12) JOSÉ ALMIRANTE TORROELLA: *Bosquejo de la Historia militar de España*, Madrid, 1923, Prólogo.

La guerra en Almirante

Anteriormente se ha puesto de relieve la rotundidad con que Villamartín afirmaba que la guerra era un fenómeno biológico. Almirante, aunque en el fondo participa de la idea de Villamartín, admite el diálogo a este respecto, como puede leerse en los párrafos que a continuación se copian, tomados del prólogo de su *Bibliografía militar*:

«La guerra, que para cierta escuela filosófica es el estado primordial del género humano, se reduce hoy, si tanto no se quiere, a un accidente gravísimo, aguda *enfermedad* del cuerpo social civilizado, la cual, todo cuanto en duración va perdiendo, lo gana en formidable y desastrosa intensidad. Aun bajo este segundo concepto, sobrado humanitario y optimista de enfermedad curable y pasajera, forzoso es que la guerra tenga su especial medicina y terapéutica, su tratamiento adecuado, su archivo histórico, su ciencia eslabonada y progresiva que desde la antigüedad se conoce con el nombre de *res militaris, ars militaris*, cosa militar, Arte Militar» (13).

En el mismo orden de ideas, en su *Diccionario militar* dice:

«Si se acepta con el inglés Hobbes y el francés Proudhon que la guerra es el estado primordial del género humano, o con el español Villamartín, que no es un hecho social, sino natural, fisiológico en el hombre; inútiles aparecerán los esfuerzos para evitarla o suprimirla... Parece más práctico hacer entrar a la guerra en las Asambleas, popularizar sus prácticas...; bueno es que se deje libre juego a la diplomacia y a la política internacional, pero no sigamos en el tenaz empeño de aislar el Ejército de la nación... Hoy la primera condición de la guerra es que la sancione y secunde la opinión pública o, más bien, que se le anticipe.»

«La civilización moderna ha ido frenando y suavizando con la opinión pública —verdadero y único derecho de gentes— las crueles manifestaciones del instinto. La abolición de la esclavitud de los prisioneros de guerra fue el primer paso de esta transformación humanitaria; el rescate, luego, de estos prisioneros fue otra atenuación que poco tardó en convertirse en el canje actual. El asesinato, la violación, el incendio, etc., no son compatibles hoy con las costumbres de los europeos» (14).

(13) JOSÉ ALMIRANTE TORROELLA: *Bibliografía militar*, 1876. Prólogo.

(14) JOSÉ ALMIRANTE TORROELLA: *Diccionario militar*, 1869. Guerra

Como se puede observar su actitud es mucho más comedida que la de Villamartín o de Proudhon (que influyó grandemente en los militares españoles del siglo XIX, pues son muchos los tratadistas que lo citan). Almirante, en efecto, admite la dulcificación del derecho de guerra gracias a la opinión pública, etc., pero, en el fondo, es tan belicoso como Villamartín, léase a continuación:

«La guerra civil es grande escuela. ¿Es más dura, más penosa, más activa, más sangrienta, más cruel?... Pues es mejor guerra» (15).

Sin embargo, aunque a él la guerra le atrae, reconoce que «El militar hoy, antes que soldado, es ciudadano, y no debe desear la guerra civil, sino prevenirla y evitarla». En el fondo la diferencia entre Almirante y Villamartín estriba en que éste a los treinta años había escrito su obra y Almirante murió a los setenta y uno y aún la estaba corrigiendo. Por eso su pensamiento es más comedido y profundo.

CARLOS BANÚS Y COMAS (1852-1936)

Nació en Vich y estudió en la Academia de Ingenieros, alcanzando el empleo de teniente a los veinte años. Hasta 1877 estuvo destinado en Cataluña, donde luchó contra los carlistas. Después fue profesor de la Academia de Ingenieros por espacio de trece años. Cuando se retiró era general y correspondiente de la Real de la Historia.

Su obra más importantes es, sin duda, una trilogía titulada *Estudios de Arte e Historia militar*, publicada en Barcelona durante los años 1881 a 1884 y premiada en la Exposición Internacional de esta ciudad en 1888. Banús demuestra en esta obra poseer una extraordinaria erudición, que le permite realizar el fenómeno bélico desde múltiples puntos de vista, indicando con reiteradas alusiones un especial atención a los pensadores revolucionarios, como Castelar, Proudhon, Engels, Voltaire, Pi y Margall y, sobre todo, Montesquieu, sin que ello excluya algunas citas de sacerdotes como Balmes o Vitoria, o Papas como Urbano II o Pío IX; sin embargo, y contra lo que parece deducirse de las anteriores preferencias, Banús es un pensador monárquico, católico, decidido defensor de la enseñanza religiosa, ardiente enemigo de los revolucionarios, menospreciador de los intelectuales y partidario de la paz y el orden. Ciertamente profesa simpatía por el «Partido Democrático Progresista» del que incluso llega a copiar un manifiesto; pero esta simpatía, normal

(15) Op. cit., pág. 680.

entre los militares de su época, no tiene otros motivos que los puramente profesionales. pues los liberales deseaban realizar unas reformas del Ejército a las que en general se oponían los conservadores. Militarmente, sus maestros son Villamartín y Almirante, cuyas teorías repite con bastante fidelidad, si bien perfeccionándolas, pues no en vano entre las *Nociones de Arte militar*, de Villamartín, y sus *Estudios de Arte e Historia militar* han mediado veinte años.

El principal valor sociológico de su obra está en el primer tomo, titulado *Política de la guerra*, en el que trata de la esencia de la misma, desarrollando una tipología muy acabada, que incluye veinte clases de guerra y su valoración social, jurídica y moral. La obra se caracteriza por su afán de objetividad, espíritu crítico y preocupación ética no recatándose en exponer las ideas de sus adversarios ideológicos.

Después de analizar los distintos motivos de las guerras, analiza la posible motivación económica, escribiendo:

«Proudhon reduce a una sola todas las causas de la guerra: al pauperismo, es decir, a la ruptura del equilibrio económico. Que la miseria ha producido y puede producir guerras, es indudable, pero suponer que sea la causa única de ellas, es un absurdo... La ambición de los Príncipes o de los Gobiernos, el deseo de éstos de distraer al pueblo en asuntos exteriores, para poder obrar más libremente en los interiores; la ignorancia y las pasiones de los pueblos, hábilmente explotados por algunos ambiciosos, son otros tantos motivos de discordia» (16).

Sus teorías, sobre la Historia, recuerdan vagamente las de Hegel (a quien cita algunas veces), pues opina que la lucha de los pueblos es el motor del progreso, pero asigna a esta lucha un sentido cuasi religioso al afirmar que «la lucha es una ley providencial a la cual el hombre no puede escapar» (17) y en este sentido llega incluso a explicar la revolución francesa diciendo que «cuando sometidos los franceses al yugo napoleónico, pasearon por toda Europa sus águilas triunfales, Francia acabó de llevar la misión que la providencia le había impuesto».

(16) CARLOS BANÚS Y COMAS: *Tratado de Historia y Arte militar*, tomo I, pág. 38, Barcelona, 1881.

(17) Op. cit., pág. 61.

FRANCISCO BARADO Y FONT (1853-1922)

Este escritor estuvo fuertemente vinculado a Barcelona. En esta ciudad vivió, estudió Filosofía y Letras, escribió y editó sus principales obras, colaboró con los historiadores civiles y obtuvo su máximo galardón literario: una Medalla de Oro en la Exposición Internacional de 1888. Parece ser que Barado inicialmente no pensaba ser militar, pero la implantación del servicio obligatorio, que hizo la República en 1873, le llevó al Ejército, en que permaneció el resto de su vida, alcanzando el empleo de comandante. En 1906 ingresó en la Real Academia de la Historia.

Su obra cumbre es el *Museo militar*, que él mismo califica como «Historia del Ejército español, de sus armas, uniforme, sistema de combate, instituciones y organización, desde los tiempos más remotos, hasta 1884, fecha en que fue publicado». La obra consta de tres tomos, llegando el primero hasta Carlos I, tratando de éste y de Felipe II el siguiente, y quedando el resto de la historia militar para el tercero. Por su formato, estilo y minuciosidad de las descripciones, esta obra puede codearse con las historias de Morayta, Pi y Margall o Lafuente. En la introducción dice Barado que desea estudiar «la historia de nuestra Patria en sus relaciones con la historia social». Sin embargo, no termina de lograrlo, es preciso tener en cuenta que este historiador pertenece al siglo XIX y, por tanto, es más narrador que intérprete del hecho histórico social.

Desde el punto de vista de la Sociología tiene especial importancia el Estudio X, del tomo II, por tratarse allí de las causas de la decadencia española, de la que considera culpable a Felipe II por el descuido en que tuvo las cuestiones económicas y sociales. El análisis que hace de la población de esta época, de las clases sociales y de las actividades económicas, es particularmente interesante. Otras obras suyas, de cierto contenido sociológico, son: *La guerra y la civilización* y *Contradicciones entre el estado social y el estado militar*.

PANORAMA ACTUAL DE LA SOCIOLOGÍA MILITAR DE ESPAÑA

Desgraciadamente el ejemplo de los militares intelectuales antes citados no fue seguido (18) y hoy en España la Sociología militar es casi desconocida. No es, pues, de extrañar que Kurt Lang en su *Sociología militar* mencione 528 obras sobre este tema y sólo una corresponda a un español: un artículo

(18) Existió una excepción: En 1928, el comandante JUAN PLAZA ORTIZ, discípulo de Azcárate publicó un libro titulado *La sociología y el Ejército*.

publicado en 1957 por el coronel Borrero, profesor de la Escuela de Estado Mayor en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, con el título de «Problemas de política militar: La estructura social y las posibilidades orgánicas». Ciertamente existe *El Ejército como clase social* (19), del hoy teniente general González de Mendoza, así como algunas publicaciones del general Bengoechea: *Introducción a una Sociología militar* (20) y *La acción de la guerra moderna en la integración de la sociedad* (21), pero se trata de obras aisladas, sin que exista una escuela española de Sociología militar, como en Francia o en Estados Unidos.

Recientemente, y a fin de poner fin a la ausencia de España, en este campo del saber, se han desarrollado dos iniciativas:

Se ha creado un gabinete de Sociología en el Estado Mayor Central, bajo la dirección del teniente coronel Yáñez, ex profesor de la Escuela de Estado Mayor, que durante el año 1965 ha realizado una encuesta sobre 120 comandantes de la plaza de Madrid, elegidos por el sistema de azar, como muestra representativa de los 1.200 jefes del mismo empleo de aquella ciudad. Se les han formulado unas ciento cincuenta preguntas, y después de varios meses de trabajo se han redactado un informe, que he tenido el honor de leer, y considero es una importante aportación a la Sociología militar española. Posteriormente este gabinete ha realizado varias encuestas sobre el personal de tropa del Centro de Instrucción de Reclutas de Madrid, y se han computado las relaciones de respuestas con las máquinas I. B. M. del Ministerio del Ejército, esperándose que pronto se publique un interesante trabajo, que recordará la famosa obra *The American Soldier*.

La segunda iniciativa consiste en la creación de un Seminario de Sociología Militar, en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (C. E. S. E. D. E. N.), en el que colaboran militares y sociólogos civiles.

En resumen, la Sociología militar ha tenido en España dos etapas claramente diferenciadas: el siglo XIX, época en que se ocuparon de los problemas de la guerra y la sociedad militar, varios pensadores militares, entre los que sobresalió Villamartín, y la segunda mitad del siglo XX, y más concretamente a partir de 1960, en que se han comenzado a realizar encuestas varias, esta vez a cargo de organismos de las Fuerzas Armadas.

Un hecho es digno de ser destacado: mientras la Sociología militar está en el extranjero en manos de civiles, que en Estados Unidos son además

(19) ANGEL GONZÁLEZ DE MENDOZA Y DORVIER y otros autores: *La Milicia como tema de nuestro tiempo*, Madrid, 1965.

(20) LUIS BENGOCHEA BAAMONDE: Op. cit., págs. 52 a 88.

(21) LUIS BENGOCHEA BAAMONDE: *La guerra moderna*, tomo V. Editado por la Cátedra Palafox, Zaragoza, 1958.

profesores de las Universidades, Morris Janowitz, Kurt Lang, Maury Feld, en España han sido los militares los que más se han preocupado de esta materia. Ciertamente existen excepciones. Las cátedras de Cultura Militar que existen en las Universidades de Santiago, Zaragoza, Barcelona y Madrid (de verano en Santander) han servido de tribuna para que algunos sociólogos se ocupasen del problema de la guerra. En la Universidad de Barcelona, por citar un ejemplo, dio una conferencia sobre este tema, que desgraciadamente no ha sido publicada, el doctor Salustiano del Campo Urbano, catedrático de Sociología de dicha Universidad.

JULIO BUSQUETS BRAGULAT